

el amor, depende del padre que, durante esos meses difíciles, sabrá o no hacer feliz a su esposa, colmándola de una ternura constante, y haciendo sensible para ella el amor de que la rodea.

• *Al padre le toca también **hacer imperar en el hogar ese mismo clima de amor** que intenta asegurarle a su esposa. Para los hijos no hay hogar sino cuando el padre ama a la madre, y lo manifiesta. Este amor, percibido por el hijo, y que aflorará constantemente en los acontecimientos de la vida diaria, será como el sol cuyo calor es indispensable para el crecimiento de la planta.*

• *Insustituible como es en la familia, la tercera actitud del padre será la de **estar presente**, no con una presencia simplemente material, sino con una presencia atenta en seguir el despertar del alma y en provocarlo, a fin de ganar luego la confianza, sinceridad y amistad de su hijo, de modo tal que, llegado el momento de las borrascas de la adolescencia, pueda seguir ayudándole y guiándole.*

• *Finalmente, debe el padre **encargarse personalmente de la educación de sus hijos**. Traspasar completamente este deber a la madre sería comprometer el porvenir del hijo, no porque la mujer sea incompetente, sino porque resulta insuficiente sin la ayuda del marido. ¿Quién mejor que él para ayudar al hijo a forjarse un alma de calidad superior, y a formarse el criterio recto de las cosas y el sentido moral de las acciones? Al enseñar esto a su hijo, el padre le enseñará también a adaptarse al Bien y a marchar virilmente en dirección de Dios.*

Se trata para el padre, en suma, ser un *maestro de vida*. Pero esa tarea no se improvisa, sino que hay que prepararse para ella seriamente, aprendiendo uno mismo a afinar y consolidar los propios criterios en base a las exigencias de la verdad y de la gracia. Por eso el joven novio, que está a punto de asumir esta responsabilidad considerable que es la paternidad, debe comprender que se acabaron las bromas, las ligerezas y las «locuras juveniles», y que es imperativo acabar de formarse como hombre y como cristiano. Sólo así brindará a sus hijos el poder llegar a ser a su vez hombres y cristianos.

5º Mandatarios de Dios.

Sobre todo, los futuros padres han de recordar que, en el ejercicio de su paternidad, no serán más que los mandatarios de Dios, sus delegados, respecto de los hijos que tengan. No piensen que podrán disponer de sus hijos a su antojo, ya que, antes de ser los hijos de tal o cual pareja, son hijos de Dios. Ante Dios, y no ante los hombres, tendrán que rendir cuentas de ellos. Para la mujer ser fiel a su maternidad, y para el hombre ser fiel a su paternidad, es en suma ser fieles a Dios.

Tener en cuenta esta verdad preservará a los padres de un afecto exagerado y enfermizo hacia sus hijos. Y si Dios les llegara a pedirles alguno de ellos, ya para llevarlo a la eternidad, ya para consagrarlo a su servicio, sabrán reconocer su derecho absoluto, y ver que tal es el orden de las cosas.

Por un noviazgo cristiano Novios hoy, padres mañana

Hoy en día el mundo y su mentalidad no lleva a los novios a pensar que, por su mutuo compromiso y consentimiento, se destinan a ser padres. A la mayoría de ellos les parece eso un fenómeno accesorio, una consecuencia tan sólo secundaria de su amor; y, además, ¡se halla tan lejos! Algún día, sí, que más adelante vendrá, ya pensarán en tener hijos, y cuántos.

Y, sin embargo, el amor y el matrimonio desembocan necesariamente en los hijos; a ellos tienden como a su fin, y no encuentran su plena eclosión y su sentido completo hasta que han conocido esa madurez que es la fecundidad. El hogar sólo adquiere su sentido definitivo en el momento en que la pareja se ha multiplicado, conforme al designio explícito del Creador.

1º No sólo esposos, sino padres.

Es esencial que los novios vean la verdadera dimensión de su vida matrimonial. Sería falso imaginarse que siempre serán dos. Porque ¿cuánto tiempo estarán los jóvenes esposos solos en su pequeño mundo doméstico? Muy poco. ¿Unos nueve meses? ¿Algunos años, todo lo más? El hijo vendrá pronto, por decisión o por «sorpresa»; y hasta su vejez, los novios que han llegado a ser padres compartirán su existencia con otros seres nacidos de su amor. La «soledad de dos» será muy pronto un recuerdo del pasado, y *el nosotros* de la realidad no será el equivalente del *nosotros dos*, sino la expresión numerable de los miembros de la familia.

Por eso mismo, no deben los novios pensar solamente: «*Esta será mi mujer, este será mi marido*»; sino repetirse a menudo: «*Esta será la madre de mis hijos, este será el padre de mis hijos*». Y con esta idea, deben captar también el sentido agudo de las *responsabilidades* que implica su unión.

En efecto, ante la existencia que no han solicitado, pero que sus padres les han dado, y ante el universo del que han venido a formar parte sin que lo hayan elegido, esos hijos, que van a ser el resultado de su unión, carecen de defensa. Lo esperan todo de quienes han escogido libremente, amándose y uniéndose, traerles al mundo. ¡Todo! Porque, además de su existencia humana, del comer y del dormir, además de su vida intelectual futura, está igualmente la dependencia espiritual. La pareja que va a dar la vida a unos hijos debe ser consciente de este hecho, verdaderamente extraordinaria-

rio: prepara unos elegidos o unos condenados, unos ciudadanos de la ciudad de Dios y del cielo, o unos hijos del Príncipe de las Tinieblas y del infierno.

2º Prepararse para ser padre y madre.

De ahí se sigue que, al mismo tiempo que deben prepararse a ser **esposos**, los novios deben prepararse también a ser **padre** y **madre**.

«Hoy en día –decía el papa Pío XII– puede verse una cosa asombrosa: mientras que a nadie se le ocurriría hacerse de pronto, sin aprendizaje ni preparación, obrero mecánico, ingeniero, médico o abogado, a diario chicos y chicas, en crecido número, se casan y se unen sin haber pensado ni un solo instante en los arduos deberes que les esperan con la educación de sus hijos».

Es indudable, pues, que los novios deben formarse en la conciencia de sus deberes, procurando descubrir todo lo que significan las palabras «padre» y «madre» cuando se pronuncian, al igual que el «sí» del matrimonio, delante de Dios. Y, ante todo, han de empezar a prepararse, por medio de un profundo olvido de sí mismos, a la exigencia imperativa de generosidad, y a lo que podríamos llamar «el arte del don». Cultivar, ya desde el período del noviazgo, el espíritu de renuncia, y aprender a salir de sí mismos para pensar en los otros, es el primer medio de disponerse a ser padre y madre.

«Porque tú eres padre: • no abrirás ya nunca una puerta con prisa: puede haber un hombrecillo agazapado detrás; • medirás todos tus gestos y contendrás muchos de tus arrebatos; • verás con menos frecuencia el cielo: tendrás que mirar constantemente a tus pies para no pisar a tus hombrecillos; • no cerrarás nunca los cajones de un rodillazo: las manitas se meten por todas partes; • no dormirás jamás a pierna suelta, te sobresaltará el menor suspiro; no podrás oír un grito sin preguntarte, con el corazón palpitante, si no es el grito que temerás toda tu vida; • no encenderás nunca un fuego sin pensar que el fuego quema, no colocarás tu taza al borde de la mesa; • no dirás ya, con la soberbia seguridad de otro tiempo: “Tal día haré tal cosa”; sino que prenderás unos cuantos “quizá” en las alas de todos tus proyectos» (GEORGES DUHAMEL).

3º Maternidad.

La joven novia de hoy debe pensar que muy pronto será madre. ¡Qué misterio tan singular el de la maternidad, que hace de la mujer el ser más semejante a Dios! Se une al Padre en la obra de creación; se une al Hijo en la obra de sufrimiento, comprando la vida al precio de su dolor; se une al Espíritu Santo en el amor con que su amor se dilata, tomando realmente cuerpo en ella esta verdad: «No hay mayor prueba de amor que dar su vida a aquel a quien se ama», parangonando el dicho de Nuestro Señor.

*Serán necesarios nueve meses para crearle al hijo un cuerpo, y serán precisos veinte años y más para crearle un alma y hacer de él un hombre. Este largo tiempo de gestación espiritual deberá vivirlo la madre con plena conciencia, atenta, ante todo, a estar presente. El hijo va avanzar en la vida un poco como un barco en busca del puerto, a través de la espesa bruma de una noche tempestuosa. **La madre será el vigía***

de ese barco; será ella la que le guíe, intuyendo los escollos y los obstáculos de todo género, indicando los peligros, manejando con discreción y delicadeza los mandos tan sensibles de su alma juvenil.

Para poder cumplir bien con esta misión propia de la maternidad, la joven novia debe prepararse con tres cualidades que luego le serán necesarias para la misma, a saber, un perfecto dominio de sí misma, una alegría comunicativa, y un buen tenor de vida espiritual.

• **Perfecto dominio de sí misma.** *La futura madre tendrá que saber desplegar junto a la cuna de sus hijos una ternura tranquila. Debe equilibrar su sensibilidad y aprender a dominar sus estados de ánimo, para conservar la calma en cualquier situación, sin dejarse superar por los contratiempos que surjan.*

• **Alegría comunicativa.** *A esta calma indispensable hay que saber añadir el buen humor, a fin de ser una «madre con sonrisa». La mujer debe aprender a dominar sus penas, para no abrumar a sus hijos con el peso de sus propios disgustos, y para que a su alrededor los hijos sólo sientan alegría. Crear en torno a los más pequeños un ambiente alegre, a fin de que la serenidad ilumine su alma siempre despierta, y puedan así descubrir el universo en la belleza y el gozo: esa es una de las tareas imperativas de la joven madre.*

• **Buen tenor de vida espiritual.** *La futura madre deberá sobre todo ganar el corazón de sus hijos para Dios, lo cual presupone en ella cierta cualidad espiritual que debe adquirir ya durante su noviazgo, pues nadie da lo que no tiene. Por eso es sumamente importante que la joven novia viva en perfecta armonía con Dios, en un estado de equilibrio espiritual. El camino inicial que siga el hijo en la vida dependerá en gran parte de la vitalidad espiritual de su madre. Ella ha de hacer de guía en la primera educación religiosa de sus hijos.*

4º Paternidad.

Si la joven debe prepararse para la maternidad como para una función maravillosa y difícil, el joven, por su lado, debe prepararse para la paternidad como para su tarea esencial. Todas las demás preocupaciones, perfectamente legítimas cuando se las relega a su rango secundario, se vuelven desordenadas y censurables si pasan al primer plano, y llevan al esposo a olvidarse de que, *ante todo*, es padre.

Por eso, ya desde la época del noviazgo, el joven debe jerarquizar sus obligaciones, y pensar que para él nada, *absolutamente nada*, deberá distraerle de sus funciones de padre, cuando Dios le llame a dar la vida. Eso le exigirá asegurar toda una serie de condiciones, que podemos resumir a cuatro: la solicitud por su esposa, un clima de amor en la familia, la presencia activa en la casa, y la responsabilidad en la educación de sus hijos.

• **Ante todo, la solicitud por la joven madre,** *especialmente en la época del embarazo. Cuando se ha aceptado hacer madre a la propia mujer, se han asumido, al propio tiempo, todas las cargas de padre. Ahora bien, las cargas de la paternidad no comienzan a los quince años del hijo, sino a partir del embarazo, cuando el marido está obligado a crear en torno de su joven esposa, cargada con un hijo aún desconocido, un ambiente feliz, hecho de atenciones y delicadeza. Que el hijo nazca y se desarrolle en*